

MARIELA Y LA MALDICIÓN DE MAGNUS MAGUS

Érase el anochecer de un día de octubre. Una radiante luna llena iluminaba la estancia de Mariela, aquella niña de tan solo doce años que vivía con su abuela Carmen en una pequeña aldea agrícola. Mariela se encontraba leyendo un hermoso libro de pastas de cuero que le habían prestado en la biblioteca de la escuela. Sobre aquella delicada cubierta, una estampación dorada desvelaba el título de tan misterioso volumen: “*Historia sin final*”. Al abrir la tapa, una pequeña descarga eléctrica recorrió su cuerpo.



Mariela comenzó a leer:

<<Me llamo Lidia, soy una adolescente que vivo con mi padre en una aldea situada entre montañas y bosques. Mi padre es leñador. Un día, estando con sus compañeros de trabajo, ocurrió un infortunio. Al cortar un viejo árbol, una gran rama se quebró y le golpeó. Sus compañeros le trajeron presto a casa con una gran herida en la pierna. Había perdido mucha sangre.

Durante un buen tiempo, tuve que dejar de ir a clase para cuidarle. Pero mi padre empeoraba. Y yo creí que le perdía. Desesperada, acudí a pedir ayuda a la curandera de la aldea. Mayla, la hechicera, era famosa por los ungüentos que hacía con hierbas del bosque que ella misma recogía, al parecer, apenas despuntaba el alba.

La hechicera estaba experimentando con un nuevo brebaje. Me pidió que a cambio de sanar a mi padre y atenderle durante un mes, yo debía probar el desconocido mejunje. Y que durante un mes lunar, un

novilunio de una luna llena a otra, advertiría su efecto en mi organismo. ¡Qué extraño me resultaba todo! En vano, intenté llegar a un acuerdo con la hechicera. Y en mi desesperación acepté el trato de tomar el dichoso potingue.

Mayla se mudó a mi casa para atender a mi padre durante su recuperación. La hechicera traía consigo una pócima que yo debía beber para cumplir mi parte del trato. Ante mi padre moribundo, tomé de un trago aquel aciago bebistrajito. Mayla comenzó a canturrear un estribillo en latín:

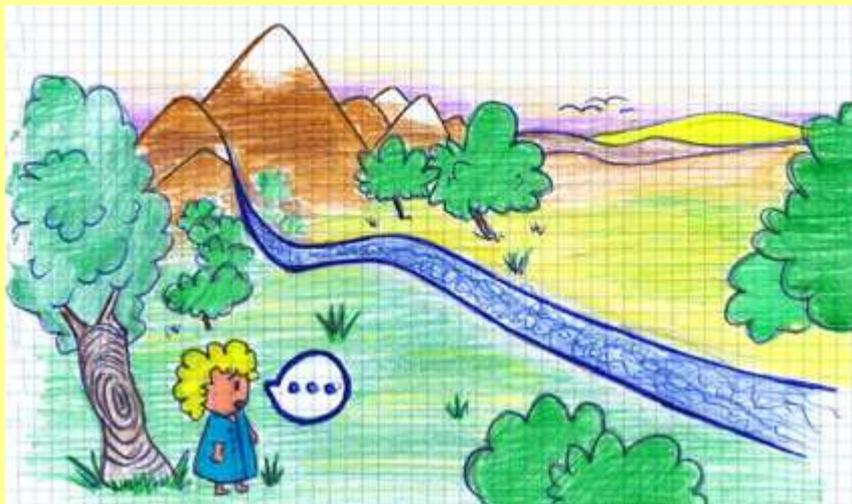
Magnus magus

Irioriosi en potentia

Da nobis virtutem

Da nobis novam vitam

El brebaje me hizo desmayar y mis huesos fueron a dar al duro suelo. Cuando recobré la consciencia ya no estaba en mi hogar. Me encontraba ahora cerca de un río, rodeada de árboles ribereños y matorrales. Desde allí, alcanzaba a ver unos campos de cereales que parecían prolongarse hasta un incierto horizonte.



Sorprendentemente, veía con nitidez grandes extensiones de terreno e incluso animales que parecían moverse a lo lejos. ¡Oh, Dios! Era capaz de distinguir tal variedad de olores... La ribera tan

bulliciosa... Por no hablar de aquella gran cantidad de sonidos, el río, el movimiento de las hojas de los árboles... ¡Hasta el aleteo de una mariposa era yo capaz de discernir a cientos de metros! Y salté durante una hora y no sentía cansancio... Pero me pudo la sed. Me acerqué al río; bajé la cabeza para beber con movimientos rápidos. Un pez se acercó y a la velocidad del rayo quedó atrapado entre mis poderosas mandíbulas. Estaba orgullosa de mis flamantes dotes. Observé algo extraño en la profundidad del río: ¡¡¡Un ser monstruoso!!! ¡¡¡Y realizaba los mismos movimientos que yo!!! Me di cuenta con estupor de que mi cuerpo se había vuelto más musculoso, lleno de vello y que mi melena se apoderaba de toda la espalda. Mi mandíbula era increíblemente fuerte. ¡Tenía hasta cuarenta y dos dientes! Uno a uno los fui contando una y otra vez. Mis ojos se habían aclarado hasta tomar un tono amarillento. Me sentí anonadada. Y así, descorazonada, estuve largo tiempo.



—Tengo que resistir, tengo que resistir. Se lo prometí a mi padre. El hechizo solo durará un mes— trataba de convencerme.

Durante quince días estuve escondida en aquella ribera. Me alimentaba de frutas silvestres, algún pez y animales

que cazaba. El olor a humanos me era familiar.

—Soy capaz de olfatearlos a unos seis kilómetros— inquiría con cierta insoportable presunción.

A esa distancia había un asentamiento humano. Decidí acercarme a la aldea. En un letrero del pueblo se leía “FuenteClara”>>.

Al leer Mariela este nombre sintió un estremecimiento. La aldea de la que hablaba la muchacha del libro era la suya. Continuó leyendo...

<<Una vez en el pueblo me acerqué a un edificio y penetré por una ventana entreabierta. Era una escuela; de ella cogí el material para contar esta historia>>.

Esta era la última palabra escrita en el libro. Luego solo páginas en blanco. Una energía desconocida arrebató el libro a Mariela y lo lanzó contra el balcón. Se escuchó un sollozo en la calle. Mariela corrió hacia el balcón. En la calle un ser de indefinida figura le dijo:

—Soy la muchacha del libro que sufre la maldición de la hechicera.

El ser extraño desapareció. Mariela contempló la escena con estupor y mucho miedo. Pero al momento sintió compasión de ella.

Lidia intentó alejarse del pueblo. Un perro la atacó, lucharon y Lidia le desgarró el cuello. Un niño de cinco años, dueño del animal, presenció tan singular combate. A los gritos del niño acudió más gente; mientras, Lidia escapaba. Las campanas del pueblo tocaron a arbitrio. La gente se reunió en la plaza. Un grupo de cazadores partió en busca de la bestia. Mariela, que había acudido a la plaza, se enteró del problema y se propuso ayudar a la niña lobo.

Cuando llegó a casa, Lidia la estaba esperando. Mariela le dio cobijo en el sótano de la casa unos días hasta que desapareció el hechizo. Lidia no sabía cómo regresar a su hogar.

—El libro te ayudará— asintió Mariela.



Ambas se abrazaron; pronto se tendrían que separar. Lidia tomó el libro y leyó la salmodia en latín:

Magnus magus

Irioriosi en potentia

Da nobis virtutem

Da nobis novam vitam

De esta forma, Lidia volvió a su hogar y encontró a su padre ufano y recuperado. A lo lejos, en la montaña, se oyó el aullido del lobo.